

APOTEOSIS DE BOLÍVAR

Discurso pronunciado por D. Tomás Cadavid Restrepo en la Escuela Normal de Señoritas el 19 de Julio de 1918.

SR. DIRECTOR DE I. P., SEÑORES Y SEÑORAS:

Expusese dejé de tratar en la clase de Historia lo relativo a la apoteosis de BOLÍVAR.

Es que hay ciertos hombres y ciertos asuntos de los cuales no se puede hablar sino imitando a César, en el Rubicón, es decir, al són de tambores y clarines; el solo pensar en BOLÍVAR abruma la mente, y la palabra, incapaz de expresar la realidad, vuela cansada a morir en los labios, tostados por el fuego de la idea que brota del entendimiento, chispeante y loca de admiración por el héroe incomparable.

No se puede hablar en calma del que vivió en continuada tormenta desde que apareció en el suelo americano radiante de luz, hasta que, envuelto en el pabellón desgarrado de la Gran Colombia, se hundió en la noche de la eternidad.

Hoy vosotras, nobles amigas y discípulas mías, al conmemorar una fecha gloriosa, alzáis la efígie de este Padre de la Patria, a quien los paganos habrían adorado como a un dios y los habitantes de las soñadoras regiones indostánicas venerarían como a una deidad metafísica y protectora. Ya antes que este Establecimiento tan amable, el Liceo Antioqueño había rendido igual culto al Libertador. Dejadme que desde aquí envíe un saludo cariñoso a ese Centro querido, del cual estoy tan alejado materialmente pero con el corazón tan cercano; bien saben mis viejos alumnos del Liceo y de la Universidad que, con amor de amigo y de maestro, sigo siempre anhelante sus pasos, celebro sus triunfos y lloro sus pesares. Bien hayan en la vida esos caballeros tan leales y nobles; que una lágrima que se me escapa diariamente de los ojos sea para ellos el tributo de mi gratitud, que la esponja del tiempo no borrará ni el frío de la muerte ha de apagar.

Ahí le tenéis: Ese cuerpo enhiesto estaba modelado para la vida inmortal de la estatua; esa frente, amplia como un horizonte marino, surcada por honda arruga, indicio del pensador, es como el retazo de cielo que corona la esplendidez de un paisaje; aquella cabeza prominente, con los cabellos desordenados, semeja un pico de los Andes azotado por tempestades eternas; la barba pronunciada re-

vela en él la energía indomable que avasalló cuanto se le opuso; los ojos negros, grandes, bañados de luz diamantina, están fijos, absortos, como desentrañando el arcano de lo porvenir; parece que esos labios, suavemente cerrados, estuvieran prontos a dejar escapar una arenga revolucionaria o una frase de amargo desaliento: "he arado en el mar"; "mis dolores están en los días futuros". Todo en esa efígie demuestra la grandeza de un alma singular.

BOLÍVAR ha sido fuente de inspiración para artistas y poetas; su vida es venero de belleza y de sabiduría; por eso los psicólogos, los historiadores y los hombres de pensamiento y de acción lo han analizado con tenacidad y amor.

A BOLÍVAR libertador, cantó desde lejana playa el gallardo Fernández Madrid, y sus estrofas, plenas de dulzura y de patriotismo, traídas por las olas del Atlántico y perfumadas por los aromas de las selvas de América, llegaban armoniosas a los oídos del creador de "una familia de pueblos", como lo llama el cubano José Martí; el poeta del Guayas, ese aedo amado de las musas épicas, entonó un himno de alto acento y de robusta entonación al vencedor en Junín.

Escritores de todos los países y de todas las escuelas han ensalzado a BOLÍVAR Víctor Hugo lo reclama para Francia, cuna de la libertad; Chateaubriand lo alaba con aquella frase galana que gastaba el autor de "El genio del cristianismo"; Benjamín Constant lo consagra como el primer capitán que vieron los tiempos pasados y verán los futuros; Wellington lo apellida "héroe extraordinario"; Byron le canta, y la nave en que bogaba en las azules aguas del Adriático en horas de desvaucimiento romántico, es llamada por él, BOLÍVAR; José Joaquín Ortiz, ese sacerdote fecundo de las musas, el eterno enamorado de nuestras glorias patrias, el insigne cantor de la Bandera y el apologista consumado de la Religión sacrosanta de Jesús, vibraba con el recuerdo del triunfador en Boyacá, y a todas horas, según la expresión de Menéndez y Pelayo, veía pasar entusiasmado la silueta de su Libertador; Rodó, el aurífice de la palabra casta y bella, el idealista latino de más encumbrados vuelos en los estrechos horizontes del libre pensamiento, que recuerda los tiempos de Pericles y semeja un príncipe del Renacimiento, estudia con maravillosa fuerza de análisis el espíritu complejo del hijo de Caracas, y halla cómo en él había una facultad reina y maestra, la guerrera, a la cual servían las demás como cortesanas obedientes, de modo que la oratoria olímpica, la facilidad de expresión literaria y el poder mágico de atracción

no hacían sino ir como la cauda fulgente de un cometa tras el núcleo del militar genial, creador de una guerra peculiar y única, que, de jalón en jalón de gloria, recorre el continente en su caballo volador, sube a las cimas canosas de los Andes y lleva en la punta de la espada la redención de millones de esclavos.

Los historiadores científicos e imparciales han rendido a BOLÍVAR un homenaje de admiración como no se le ha tributado quizás a ningún conquistador en toda la extensión de los siglos. José Manuel Restrepo, ministro del Libertador y de Santander; Groot, el Tucídides colombiano, tan vehemente como verídico, que presencié la apoteosis y el eclipse del Padre de la Patria; Posada Gutiérrez, exacto y vibrante como Tácito; Larrazábal, el historiador sabio que removió archivos sin cuento para comprobar de una manera irrefutable la grandeza de su ilustre compatriota; Mancini, cuya obra ha sido recibida en el Universo con aplauso unánime, y millares más, que sería prolijo enumerar, convienen en que nuestro Libertador es uno de los más grandes hombres que ha producido la humanidad.

Los versados en la Ciencia Constitucional, los autores de Derecho Internacional, los diplomáticos y legisladores leen con placer en los Mensajes y discursos de aquel hombre prodigioso que en todo se anticipó una centuria a sus contemporáneos. Un célebre escritor dice, refiriéndose a la intuición profética de BOLÍVAR en asuntos internacionales, que es justo que se le erija una estatua en el pórtico del Palacio de la Paz de la Haya con esta inscripción: "al fundador del Derecho Internacional en América".

No es pues extraño que la Ninfa Egeria de la Inmortalidad vaya por doquiera y a todas horas buscando bloques de mármol virginal para tallar en él la estatua del adalid glorioso. De Nueva York a Chile un bosque de monumentos pregona constantemente la excelcitud del Libertador de Colombia y del Perú, cuya gloria, según la profecía de Choquehuanca "crecerá, como crece la sombra cuando el sol declina".

Tenerani es el Homero del bronce de BOLÍVAR. Ese artista mágico escribió en líneas y perfiles la epopeya del gran coloso.

Su obra es un prodigio del genio del Arte; él descendió al abismo tenebroso de los pesares del luchador infatigable y, anhelante por dar a su estatua un toque de serenidad apacible y melancólica, no buscó al Héroe en los momentos en que "entraba en las abiertas capitales bajo lluvia de flores y al estruendo de músicas marciales", sino que, "apartando fulgentes aureolas, vio el tumulto vario"

de ese mar de dolor profundo donde se acrisólaba aquella grande alma y, BOLÍVAR surgió entonces, triste y noble, bajo la doble forma de estadista y guerrero, igual a los semidiosos de la Hélade que velaban su radiosa calma con un manto diáfano y azul.

En el monumento del estatuario italiano, por una simpática atracción artística, se unieron tres genios, tres sublimes poetas: El Héroe, poeta de la espada, mago de la palabra y adorador de lo bello y de lo bueno; Tenerani, el poeta de bronce, y Caro, el vate sin par, de corte académico que, en estrofas perdurables como el acero, tradujo la idea del escultor y entregó la memoria de BOLÍVAR al porvenir para que llegue hasta las más remotas generaciones al compás de la melodía de la palabra alada.

La ciencia del cielo también escribió ya con luz en los espacios siderales el nombre de BOLÍVAR. Flammarion hizo que se diera el nombre de BOLIVIANA a un planeta descubierto en 1911 y que gravita a 400 millones de kilómetros del sol, entre Marte y Júpiter.

"La Revista de América" dirigida en París por el brillante escritor D. Francisco García Calderón, dió tan fausta noticia con estas primorosas palabras: "Un nuevo planeta lleva hoy el nombre de BOLÍVAR.

Como los antiguos daban a sus héroes la gloria estelar, el Libertador de un mundo, que fue Júpiter Tonante o Hércules de raros prodigios, que impuso la armonía en el caos como los demiurgos, y anunció el porvenir como los augures, se eleva hoy de la tierra, que holló en marchas triunfales, a la dignidad tutelar de los grandes planetas.

Desde hoy la América inquieta tiene en el cielo inelentemente un astro propicio, y en el silencio de sus noches de rara transparencia podrá escuchar la música de las esferas, que inspira orden y paz" . . .

Por doquiera está pues escrito el nombre augusto de BOLÍVAR: lo llevan países, ciudades, departamentos, cantones, paseos, calles, avenidas, plazas, plantas y planetas. Ya su estatua es de un bronce que no se gasta y, cuando este Continente que Colón arrebató de las manos de Atlante, vuelva el caos, y los dos océanos confundidos inunden lo que fué teatro de tan proceras hazañas, todavía el murmullo de las olas agitadas cantará con amor el epinicio del que fué "cabeza de los milagros y boca de las maravillas".

El mismo carácter dominador del egregio varón que se distinguió en vida por la constancia en el obrar y por la tenacidad en la lucha, sin permitir que nada ni nadie lo

vencieran, parece que sigue presidiendo su memoria; él, muerto como vivo, no tolera que lo dejen atrás. ¿Queréis conocer su intrepidez en hacer algo excepcional y que nadie hubiera hecho? Oid: En cierto día va al Tequendama. Desde la orilla contempla extasiado el monstruo líquido que, fatigado de la monotonía de la llanura, se bota rugiente, con vértigo de suicida, al abismo. El Titán de las batallas oye el grito atronador de las aguas que al caer se resuelven en millares de millones de gotas que el sol abri-llanta; observa los innúmeros arcos iris que ascienden y bajan; la magia de aquellos prismas calidoscópicos ofusca la vista del Héroe; él cree ver tal vez la sombra de Bóchica que, cual un lar bienhechor, se esconde tras el velo irisado de la ruidosa catarata; quizá siente celos de tanta sublimidad, y entonces, en raptó de locura, se avienta a la roca fatal bruñida por la espuma. Allí, como si hubiera hallado su propio pedestal, está BOLÍVAR dominando el gigante y asentando sobre él su planta audaz; a sus pies se divisa el vórtice insondable, medio velado por la niebla que se cuelga cual una ligera gasa, donde la luz dibuja sus primores.

Aquí tenéis, alumnas de la Escuela Normal, la efigie del Padre de la Patria; veneradla, y cuando mañana sintáis el dolor de los desengaños que la profesión del Magisterio da a los que a ella se dedican, recordad que en la vida de este Mártir hay ejemplos de abnegación sin igual; cuando vayáis a educar el sentimiento de lo bello en vuestras discípulas, id a él, síntesis de todo lo sublime, de todo lo grande y de todo lo noble que humanamente se puede hallar; no espiguéis en huertos ajenos; cultivad el propio, haced que todos amen a BOLÍVAR que es la gloria y por ende la Patria.

¡BOLÍVAR por tu vida gloriosa, por tu muerte desolada, danos tumba libre!
